



V A R I A



1848 - 1948

“Balmes, a través de trece ensayos de la revista “Pensamiento”

por

Sabino Alonso - Fueyo

La revista *Pensamiento*, que con tanto celo y rigor filosófico viene ocupándose de las nuevas corrientes del pensar, dedica un número extraordinario a la figura de Jaime Balmes, con motivo de cumplirse ahora el primer centenario de su muerte. La simple noticia de este hecho bastaría por sí sola para dar idea de lo que tal contribución balmesiana significa. Porque cuantos conocen la revista *Pensamiento* suponen ya lo que este número conmemorativo tiene que encerrar de importante y valioso. Cabría decir, en frase de estilo llano, que «a tal señor, tal honor», queriendo expresar con esto que la alcurnia del filósofo merecía alcurnia también en sus biógrafos, en sus exégetas e investigadores.

La figura de Balmes no ha crecido desde la publicación de su *Filosofía Fundamental* y *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*; pero no ha empequeñecido tampoco. La luz de su aureola permanece inalterable y al mismo tiempo continúa la obra balmesiana en su función rectora de señalar caminos, que descubran las sirtes y arrecifes del error. No es personalidad filosófica la de Balmes sujeta a flujos y reflujos de las modas y escuelas, es decir, no es hito que aparezca y desaparezca entre las corrientes de la Filosofía y, en general, entre las corrientes de la cultura, sino que todo fluye hacia él y a él se pliega como si fuese el punto único de referencia en el remolino de la humana sabiduría.

A la vista de los trece estudios comprendidos en el extraordinario conmemorativo de *Pensamiento*, no caben consideraciones nuestras sobre lo que el genio de Vich fué como hombre y como filósofo y sobre lo que su obra supone en el proceso de la Filosofía y de la Ciencia. Desde luego, otros muchos temas y aspectos pudieran abordarse en torno a la figura de Jaime Balmes. Pero no dejamos de darnos cuenta que, en el momento presente y en España, estas trece cortas y apretadas monografías vienen a resultar lo más importante y nuevo que sobre aquel pensador del siglo pasado se ha escrito con autoridad hasta el presente.

* * *

El primer estudio de esta publicación jesuítá lo firma el ilustre escritor Fidel García Martínez, obispo de Calahorra, para quien el pensamiento filosófico de Balmes fué espontáneo y personal, aunque encuadrado por su propia tendencia dentro de las grandes líneas de la filosofía «perenne».

Estudia el señor García Martínez al filósofo vicense en estos momentos de vacío, porque entiende que los tiempos de Balmes fueron tan pobres en Filosofía como lo son hoy de desconcierto y confusión. El sacerdote de Vich, en su ambiente de exangüe y seco escolasticismo, por una parte, y de pujante positivismo, por otra, supo cimentarse por sí solo y asegurarse firmemente en la calzada de la verdad, con una ejemplar independencia que nada tuvo que ver con la soberbia ni la rebeldía. Hoy Balmes hubiese sabido encontrar igualmente el camino de la verdad y de la luz. Salta claro, pues, el genial equilibrio existente en el espíritu del autor de *El Criterio*. Y claramente se ve al mismo tiempo que Balmes fué como un producto espontáneo y autodidacto de su propia personalidad y de aquella su irrefrenable tendencia hacia la especulación profunda y metafísica. En particular quiséramos —afirma el autor del ensayo— que el pensamiento español aprendiera en él aquella armonía, equilibrio y plenitud humana y aquella dosis permanente de buen sentido, tan propios de su mentalidad latina y tan raros en otros climas filosóficos, y sin los que la filosofía, más que un don del cielo, pudiera ser el mayor castigo de la Humanidad y su más corrosivo disolvente.

Camilo Riera destaca la circunstancia histórica en que Balmes vivió y luchó por una restauración del pensamiento tomista. Entonces la escolástica se hallaba en un estado que se puede expresar con una sola palabra: «desfallecimiento», y era despreciada en nombre de las ciencias; había que restaurarla, y el filósofo de Vich comenzó a elaborar una exposición del dogma según las nuevas concepciones. El señor Riera, puesto ya en el objetivo central de la filosofía balmesiana, va distinguiendo *los orígenes de la restauración filosófica cristiana, los documentos pontificios propulsores y su desarrollo*, para sostener que Balmes fijó un camino firme y claro en la extensa y aguda refutación de los errores de la filosofía moderna (sensismo, materialismo, racionalismo, idealismo), hecha por primera vez de una manera actual, es decir, desde el punto de vista de los mismos sistemas, haciendo un estudio y una crítica de los mismos.

Interesante resulta el artículo del P. Flori sobre la teoría de Balmes acerca del sentido común y en parangón con la del *Illative Sense*, del cardenal Newman. Como dijimos ya, en su tiempo, las escuelas peripatéticas —entregadas a frías disputas— hallábanse en plena decadencia; tan sólo el grupo escocés, con su peculiar teoría del *sensus communis*, ofrecía a Balmes un punto de partida, y así es como vendrá a convertir el sentido común en luminoso instinto intelectual. Porque «cuando la naturaleza habla en el fondo del alma con voz tan clara y tono tan decisivo, es necedad no escucharla. Sólo algunos hombres apellidados filósofos se obstinan a veces en este empeño, no recordando que no hay filosofía que excuse la falta de sentido común, y que mal llegará a ser sabio quien comienza por ser insensato.»

Nos hallamos, pues, ante el supremo criterio balmesiano de verdad objetiva, que excluye todo irracionalismo fideísta, y que Miguel Flori acierta a desarrollar con claro talento en su extenso y documentado ensayo.

Háblase, claro está, de una evidencia, que exige relación, porque implica comparación; que está fundada en el principio de contradicción; que nos

muestra la conveniencia o inconveniencia de las ideas necesarias y universales formuladas en un juicio. Pero entramos, casi sin darnos cuenta, en el tema del artículo de Marcial Solana, quien tiene especial cuidado de aclarar la posición de Balmes a este particular, frente a la disparidad de doctrinas en el mismo asunto, del también sacerdote y filósofo, Antonio Camellas y Gluet. ¿En qué radica esa diferencia?

Para Camellas —dice el señor Solana—, el sentido común o instinto natural y ciego, a la manera de Tomás Reid y la escuela escocesa, no es, ni mucho menos, el fundamento último de la evidencia; es precisamente la evidencia o claridad con que se manifiestan muchas verdades al entendimiento humano lo que obliga a éste a asentir a tales verdades, con necesidad *quoad specificationem* y *quoad exercitium*.

El articulista insiste en que la causa de la inclinación y tendencia natural de nuestro sentimiento a lo evidente no es ciega ni puramente subjetiva; es la claridad de la verdad objetiva de las cosas, que necesita y obliga al entendimiento a asentir a ella. Discrepa en esto de Balmes, al defender con Camellas que el principio de evidencia es evidente, porque en lo evidente siempre hay verdad trascendental y verdad lógica.

Interesante en extremo resulta el amplio ensayo del P. José Sauret, bajo el título «La teoría balmesiana de la sensibilidad externa y la Estética trascendental». Son dos visiones antitéticas respecto a la teoría de la sensibilidad. Para Balmes, lo primero habría de ser averiguar el valor de la perfección subjetiva del espacio, en orden a inferir la existencia de un mundo externo. Son los libros segundo y tercero de la *Filosofía Fundamental* donde nuestro filósofo aborda el problema y se manifiesta abiertamente antikantiano; donde opone al solitario de Koenisberg un cuerpo de doctrina sólido y macizo. Ante esto cabe preguntar: ¿Es que realmente las tesis fundamentales de la *Estética* de Kant tienen su contrapartida en la *Filosofía Fundamental*?

He aquí una cuestión interesante y ambiciosa que José Sauret, S. J., estudia con gran originalidad y rigor científico. Porque, no obstante ciertas coincidencias aparentes, no se puede negar que las críticas de uno y otro sobre el idealismo no tienen en realidad ningún punto de contacto. Bien es cierto —como afirma el P. Sauret—, que tanto Kant como Balmes, parten de la percepción sensible; los dos toman el contenido objetivo de conciencia tal como aparece. Pero aquél prescinde —al tomar el conocimiento como objeto de investigación— tanto de su inherencia a un sujeto psicológico como de su valor representativo de un objeto trascendente, mientras que el filósofo español opina lo contrario y no toma las sensaciones como un fenómeno desprovisto de toda afirmación ontológica. Uno comienza por asentar el valor objetivo de las ideas. Otro, en cambio, endereza hacia la solución de este problema todos los esfuerzos de su obra. Uno, en posición que podríamos llamar centrífuga o exocéntrica; otro, la de Kant, de carácter centrípeta o esocéntrica.

Otros aspectos del pensar filosófico de Jaime Balmes están magníficamente tratados en *Pensamiento*, la mejor revista de Filosofía cristiana que haya tenido España en todos los tiempos.

Jaime Echarri estudia también el tema «Descartes y Malebranché en las concepciones espaciotemporales de Balmes».

Pedro Font y Puig confronta, a su vez, los aciertos cosmológicos balmesianos, de acuerdo con las recientes teorías físicas; de ahí que cuantos acudan

a la *Filosofía Fundamental* no se sientan extraños entre los físicos de hoy.

Clemente Villegas, rector del Seminario de Vich, estudia «La filosofía moral de Balmes», una moral conectada con la inteligencia y con fundamento en Dios. Porque la Filosofía que no funde el orden moral en Dios no podrá llegar jamás a una explicación científica. Si toda metafísica acaba en religión, ¿es extraño que toda moral acabe en una unión con Dios o en una mística?

Con el título «Filosofía balmesiana y filosofía cervariense» expone el P. Batllori la semejanza entre ambas escuelas en punto a progreso científico. Los problemas físicomatemáticos preocupaban por igual a los jesuitas de Cervera y al filósofo de Vich, y esos estudios científicos tenían para ellos un doble valor: uno, apologético, si eran cultivados convenientemente por el clero; otro, filosófico, por abrir nuevos campos a la lucubración metafísica.

El P. Jesús Iturrioz, siempre al tanto de cualquier novedad cultural, compara a Balmes y a Unamuno en un artículo magnífico de doctrina y de dialéctica.

Unamuno no estimaba a Balmes, porque siempre estuvo frente a toda la filosofía escolástica o intelectualista. En esto era cerradamente intransigente. Donde viera un rasgo de escolasticismo o un matiz de racionalismo intelectualista, allí vertía todo el caudal fuerte de su expresión vigorosa. «No he sido nunca entusiasta del filósofo de Vich. Su pensamiento me parece rastrero y de corto vuelo; su sentido común, un sentido común muy catalán, bastante parecido al *common sense* de la escuela escocesa, lo menos a propósito para la alta especulación metafísica.»

Pero el P. Iturrioz precisa el alcance de la doctrina balmesiana y nos muestra el error en que ha caído el famoso rector de Salamanca. Porque Unamuno se ha fijado solamente en lo negativo del sentido común, y aun eso exagerado, pues la pasividad de que él habla es de carácter muy distinto del de la inactividad que Balmes pone, referida sólo al orden deductivo y reflexivo. Pero no ha recogido la actividad propia y formalmente intelectual que en el acto de intelección presupone el autor de *El Criterio*.

Mención especial merecen los ensayos «¿Qué piensa Balmes del entendimiento agente?», del P. Jesús Muñoz, y «Balmes y la filosofía de la Historia», de Tomás Carreras Artau.

La doctrina aristotélica del «entendimiento agente» ha sido en ciertas épocas ridiculizada por no haber sido comprendida suficientemente. Balmes lo reconoce así y acude a ella en diversas ocasiones. Bien podemos decir con el P. Muñoz que el filósofo vicense sigue, en lo substancial, la doctrina escolástica sobre esta materia. Muchas veces se limita a describir simplemente la doctrina ajena, sin juzgar ni manifestar en qué conviene con ella o de ella discrepa. ¿Cuál es la doctrina ajena a este particular? Hacer inteligibles en acto los fantasmas recibidos en los sentidos por medio de una especie de abstracción. Es aquí donde entra en acción el «entendimiento agente», que, en frases del P. Muñoz, alaba Jaime Balmes, pero sin precisar si es el de los escolásticos precisamente, ya que rechaza algunos caracteres propios de *aquella facultad intelectual*.

Réstanos enjuiciar el estudio del señor Carreras Artau (T) sobre la Filosofía de la Historia en Balmes. Pero antes preferimos hacer por nuestra cuenta algunas consideraciones respecto a un tema tan palpitante en la actualidad.

La Historia Universal tiene un sentido, y es Dios, en su infinita providencia, quien dirige, sin menoscabo de la libertad humana, el acontecer histórico. Cuando los hombres se someten a esta providencia, son unidos por el vínculo de la caridad y constituyen la *Ciudad de Dios*. Cuando son infieles a la Gracia, la naturaleza se corrompe y las relaciones sociales se convierten en discordia. La vida se fundamenta entonces en el egoísmo (amor sui) y los hombres constituyen la *Ciudad terrena*. Sobre estos datos del providencialismo histórico se fundamenta la gran filosofía agustiniana de la Historia, que inspiró a Bossuet, Vico y Hegel.

Son éstas las primeras tentativas para elevarse por encima del empirismo de los hechos hasta una síntesis explicativa que redujera a unidad racional los elementos contingentes de lo histórico. Luego, a fines del siglo xiv, aparecen los intentos del filósofo árabe Ibn Khaldun para explicar el proceso histórico común derivado de las condiciones climatológicas y geográficas de los pueblos y expresa la convicción de haber descubierto así (antes que Vico) una ciencia nueva que tiene por objeto las relaciones sociales. Más tarde (1681), Bossuet publica su *Discours sur l'histoire universelle*, en el que la mano de Dios es el gran principio de explicación de la Historia.

Pero todo esto, como dijimos ya, son esfuerzos aislados, cuya importancia es más que nada histórica. Porque es a fines del xviii y principios del xix cuando aparecen en Alemania distintos sistemas de filosofía de la Historia de tipo metafísico. Son los más importantes Kant y Hegel. Con ellos la Filosofía de la Historia alcanza su culminación para derrumbarse en seguida. Según el primero, el curso de la Historia está determinado *a priori* y sigue un plan. Sólo se trata de encontrar ese plan. Su Filosofía de la Historia es apriorística y teológica. Para el segundo, en cambio, las dos historias de San Agustín, la terrestre y la de Dios, se funden en una: la Historia Sagrada, y se convierte así en una Teodicea. Parte en ella de principios abstractos que postula *a priori* y a los que los hechos deben acomodarse. Hegel explica el proceso de la idea en el mundo del Espíritu.

Estamos ya dentro del tema que desarrolla el señor Carreras Artau. Recordamos, pues, algunas afirmaciones concretas de su estudio. Y es la primera: «La filosofía de la Historia es para Balme una supervisión de los hechos, pero no puramente curiosa, sino apasionada e interesada, porque de ella pueden sacarse lecciones provechosas.»

Jaime Balme, a la pregunta: ¿Quién hace la Historia?, contesta reafirmando sus convicciones providencialistas. Escribe así: «Se ha dicho que los grandes genios forman su siglo, cambian la marcha de la sociedad y le trazan las sendas del porvenir; es verdad, pero debiera añadirse que los grandes genios nacen también de las situaciones en que se encuentran las sociedades, que no son más, por lo común, que la expresión de alguna de sus necesidades, un germen nacido por precisión de la fermentación. Cuando la sociedad, en alguna de sus grandes crisis, demanda a un hombre extraordinario, la Providencia le tiene ya formado, y entonces el hombre sale.»

Don Tomás Carreras Artau centra su estudio en las obras *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, y en el capítulo XX de *El Criterio*, principalmente. De un riguroso examen de esos libros deduce que el pensador de Vich afirma, sí, el principio del libre albedrío humano, pero rechaza la interpretación fatalista de la Historia, No cree, además, como Hegel, que

cada momento histórico es a la vez verdadero y justo. Reproducamos sus palabras:

«En la marcha de la sociedad veo un plan, veo un concierto, mas no ciega necesidad; no creo que los sucesos se revuelvan y barajen en confusa mescolanza en la oscura hora del destino, ni que los hados tengan ceñido el mundo con un aro de hierro. Veo, sí, una cadena maravillosa tendida sobre el curso de los siglos; pero es cadena que no embarga el movimiento de los individuos ni de las naciones, que ondeando suavemente se aviene con el flujo y reflujo demandado por la misma naturaleza de las cosas; que con su contacto hace brotar de la cabeza de los hombres pensamientos grandiosos: cadena de oro que está pendiente de la mano del Hacedor Supremo, labrada con infinita inteligencia y regida con inefable amor.»

* * *

Digamos, como resumen de todo lo expuesto, que Balmes pone en el centro de su especulación filosófica el tema de la certeza. Es un hecho para él la existencia de la certeza, pero forzosamente ha de plantearse el problema de sus fuentes y de su justificación crítica. Considera como soluciones parciales el empirismo y el racionalismo. Tampoco le satisfacen ni el criticismo de Kant, ni la posición de los idealistas, ni el intelectualismo aristotélico. Y así termina afirmando tres fuentes primarias y conjuntas de la certeza: La conciencia, la evidencia y el instinto intelectual. Por la primera fundamos las verdades de nuestras experiencias internas; por la segunda, las verdades absolutas y necesarias, y por el instinto intelectual o sentido común, objetivamos nuestras sensaciones y admitimos así la realidad externa.

No obstante esto, la filosofía balmesiana no es una síntesis bien sistematizada y de rigurosa cohesión en sus partes, sino más bien una serie de cuestiones —obedeciendo a un método, por supuesto— sobre los puntos filosóficos más debatidos en su tiempo, como eran, entre otros: el escepticismo, panteísmo, materialismo, idealismo, sensismo, kantismo...

Jaime Balmes, cuyo recuerdo se incorpora ahora al mejor pensamiento español, supo ofrecer al krausismo en boga el vigor de su dialéctica formidable y esgrimir frente al idealismo la pura doctrina clásica concretada en un momento crítico de la historia española. Ello quiere decir que fué un filósofo al modo tradicional, por exigirle así su honda y militante religiosidad. Mas no fué con todo escolástico de ciega disciplina, sino de amplio criterio innovador. en unas circunstancias en que la apelación a lo trascendente se había perdido ya entre las estériles disputas de un racionalismo sin límites,